TRILOGÍA · LIBRO 2

EL FUTURO DE LOS INCONSCIENTES

Una mirada al destino del planeta sin un sistema económico en equilibrio con la vida



Jorge Velásquez Anturi

Activista socioambiental · Educador en conciencia ecológica

2025 · Registro Safe Creative N.º 2505201793631

EL FUTURO DE LOS INCONSCIENTES

Una mirada al destino del planeta sin un sistema económico en equilibrio con la vida

Jorge Velásquez Anturi — Activista socioambiental · Educador en conciencia ecológica y económica regenerativa Trilogía · Libro 2 · Registro Safe Creative N.º 2505201793631

Índice

- Introducción — No vine a decirte qué hacer
- Capítulo 1 — El planeta ya se rompió y no hicimos nada
- Capítulo 2 — Un grado más: el error que multiplicó el caos
- Capítulo 3 — Deforestación: cuando cortamos el pulmón del planeta
- Capítulo 4 — El aire que ya no respiras
- Capítulo 5 — Agua: el nuevo oro azul
- Capítulo 6 — Residuos: vivir entre nuestra propia basura
- Capítulo 7 — La tierra ya no da frutos
- Capítulo 8 — Los que se fueron: la extinción invisible
- Capítulo 9 — Migraciones y caos social
- Capítulo 10 — El espejismo del progreso
- Capítulo 11 — Los oídos sordos
- Epílogo — Y si aún crees que exagero…

Nota editorial sobre el criterio de citación de esta versión (v2)

El borrador anterior no tenía ninguna cita — las cuatro referencias del texto original (marcadas como "1_Deshielo_Polar_y_Camb…", "2_Pérdida_de_Agua_y_Gla…", "3_Predicciones_Futuras_…", "5_Extincion_de_Flora_y_…") se habían perdido en el proceso de maquetación sin dejar rastro. En esta versión, cada cifra verificada por `agente-cientifico-ambiental` lleva:

1. **Atribución breve integrada en la frase** ("según la NASA...", "un estudio publicado en *Nature* documentó...") — para no romper el ritmo narrativo del libro con paréntesis académicos. 2. Un bloque **"Fuentes de este capítulo"** al final de cada capítulo que sí cita datos, con la referencia completa (autor/institución, publicación, año) para quien quiera verificar el dato exacto.

Este criterio se aplicó de forma consistente en los once capítulos. Los capítulos 11 (Los oídos sordos), la introducción y el epílogo son reflexivos, no citan cifras nuevas, y por eso no llevan bloque de fuentes.

Ver memoria de cambios completa en `../memoria-de-cambios.md`.

INTRODUCCIÓN — NO VINE A DECIRTE QUÉ HACER

No vine a decirte qué hacer. No esperes que este libro te diga que recicles más, que comas menos carne o que tomes duchas más cortas. Todo eso ya lo sabes. Lo que quiero mostrarte es el camino que hemos tomado… y hacia dónde nos está llevando.

Imagina esto por un momento: sales de tu casa y el aire tiene textura. No es una metáfora. Lo sientes espeso, caliente, denso. Respirar duele. Lo primero que haces es colocarte un filtro en la boca. No por un virus, sino porque el ambiente ya no se puede respirar a la intemperie. Caminas por calles donde antes había árboles y ahora solo quedan estructuras secas, torcidas, sin vida. Los colores de la ciudad se apagaron. Todo está cubierto por una capa de polvo, como si el mundo entero estuviera en pausa.

El sol ya no calienta. Quema. Las sombras no alivian. Y la lluvia, cuando cae, envenena. En muchas ciudades ya no se juega afuera. No hay parques con vida. Hay cemento, calor y vigilancia. La seguridad no protege de personas… protege del planeta que ya no nos quiere ahí. El agua no fluye, se compra en cápsulas. Se mide. Se raciona. Se trafica. Comer es un privilegio; respirar es una batalla diaria.

En los campos, el silencio ya no es paz: es abandono. Ya no quedan aves, ni insectos, ni ganado. Lo poco que crece es controlado por máquinas. Hay lugares donde la tierra está tan contaminada que ni siquiera los microbios se atreven a volver.

Y la gente… camina. Migra. Escapa. No por guerra. Por clima. Por sed. Por hambre.

Pero lo más triste no es lo que falta. Es lo que nos falta por dentro.

La conciencia humana fue la gran ausente de esta historia. Nos dieron advertencias, estudios, alertas… y las ignoramos todas. Escuchamos con los oídos cerrados. Vimos con los ojos puestos solo en el ahora. Nos creímos invencibles. Creímos que la tecnología lo arreglaría todo. Y cuando el mundo empezó a gritar, respondimos con silencio.

Ya ni las religiones nos calman. Ya ni la espiritualidad alcanza. Porque no es culpa de un dios. Es nuestra. Sabíamos lo que pasaba, y no hicimos nada.

En las ciudades ricas aún sobreviven los que pueden pagar su oxígeno, su alimento sintético, su domo climatizado. El resto vive entre ruinas modernas, respirando cenizas del pasado, recogiendo basura como si fueran tesoros. Lo que fue mundo… ahora es museo del error humano.

Un lugar donde ya no florece la vida, sino la consecuencia.

Y si en este punto del libro crees que exagero, si piensas que esto suena a ciencia ficción o a una película triste… sigue leyendo.

Porque cada imagen que acabo de describir, cada escena que te hice imaginar, tiene raíz en hechos reales, en datos científicos, en predicciones que ya están ocurriendo. Este libro no inventa nada. Solo une las piezas que preferimos ignorar.

La Tierra no se muere. Se defiende. Se reajusta. Se limpia. Y si no cambiamos ahora, lo hará… sin nosotros.

CAPÍTULO 1 — EL PLANETA YA SE ROMPIÓ Y NO HICIMOS NADA

Puede que al leer la introducción hayas pensado que exagero. Que lo que describí parece sacado de una película postapocalíptica o de un libro de ciencia ficción. Pero la verdad es otra: todo eso ya empezó. Lo que te mostré no es un invento. Es un reflejo adelantado del presente. Una versión aumentada de lo que ya está ocurriendo… solo que decidimos no verlo.

El hielo se derrite. Las temperaturas se elevan. El agua dulce se pierde. Las especies desaparecen. Y el aire, que antes era invisible, ahora se siente, se huele… se teme.

En febrero de 2025, el hielo marino del Ártico cayó a su mínimo histórico: apenas 13,75 millones de km², el registro más bajo en los 46 años de mediciones satelitales, según el Centro Nacional de Datos de Hielo y Nieve de Estados Unidos (NSIDC) y el servicio europeo Copernicus Climate Change. Cerca del Polo Norte, la temperatura llegó a estar hasta 20 °C por encima del promedio de la época, de acuerdo con el *Arctic Report Card 2025* de la NOAA. Y la ciencia no se guarda el dato: un estudio de 2021 calculó un 80% de probabilidad de que tengamos un verano sin hielo en el Polo Norte hacia mediados de la década de 2030. Una investigación más reciente, publicada en *Nature Communications* a finales de 2024, adelanta esa fecha todavía más: el primer día del Ártico con menos de un millón de km² de hielo podría llegar ya entre 2027 y 2030, casi sin importar cuánto reduzcamos las emisiones a partir de ahora.

¿Sabes lo que eso significa? Que lo que antes enfriaba el planeta, ahora lo calienta más. Que las corrientes marinas cambian. Que los climas colapsan. Y que los veranos de 50 grados que describí, ya no son una exageración. Son una consecuencia.

Groenlandia y la Antártida no solo se están derritiendo. Están moviendo el eje de la Tierra. Sí. Literalmente. El desplazamiento de masas de hielo ha provocado un cambio físico medible en la rotación del planeta: hasta 27 metros antes del año 2100, según calculó un equipo financiado por la NASA y el Laboratorio de Propulsión a Chorro

(JPL) en un estudio publicado en *Geophysical Research Letters* en 2024. Esa cifra corresponde al escenario de altas emisiones —el mismo que estamos siguiendo hoy—; si lográramos frenar las emisiones a tiempo, el desplazamiento se quedaría en apenas 12 metros. Y no, eso no es algo que la naturaleza pueda compensar fácilmente.

¿Y qué hicimos cuando supimos esto? Nada. Seguimos perforando. Seguimos emitiendo. Seguimos extrayendo. Como si el hielo fuera decorativo y el equilibrio de la Tierra un simple número en una gráfica.

Los glaciares, que eran nuestras neveras naturales, nuestras reservas de agua dulce, se deshacen a un ritmo que da vergüenza decir en voz alta: más de 273.000 millones de toneladas por año, según el estudio internacional GlaMBIE (Glacier Mass Balance Intercomparison Exercise), publicado en *Nature* en 2025 — con una aceleración del 36% en la última década del estudio frente a la primera. El agua que debería alimentar ríos, agricultura, vida… se va directo al océano, elevando los niveles del mar y dejando regiones enteras sin fuente hídrica.

Eso que en el futuro se verá como "ciudades abandonadas por sequía"… ya comenzó.

Pero el hielo no es lo único que desaparece. El aire se contamina. Y no por arte de magia. Por cada chimenea, cada escape, cada fábrica, cada refinería. Seguimos quemando combustibles fósiles como si el oxígeno fuera ilimitado. Y no lo es. La capa de ozono se debilitó. El CO■ se acumuló. La calidad del aire se deterioró. Y el futuro con filtros para respirar no es una broma. Es un plan de mercado.

Y no se trata solo de los grandes. Cada decisión humana tiene peso. Criamos animales domésticos sin control. Y hoy los gatos domésticos matan miles de millones de aves y mamíferos pequeños cada año: solo en Estados Unidos, entre 1.400 y 3.700 millones de aves y hasta 20.700 millones de mamíferos al año, según el estudio de Loss, Will y Marra publicado en *Nature Communications* en 2013. Lo que parece adorable, también puede ser destructor. La naturaleza no entiende de

intenciones. Solo de equilibrio.

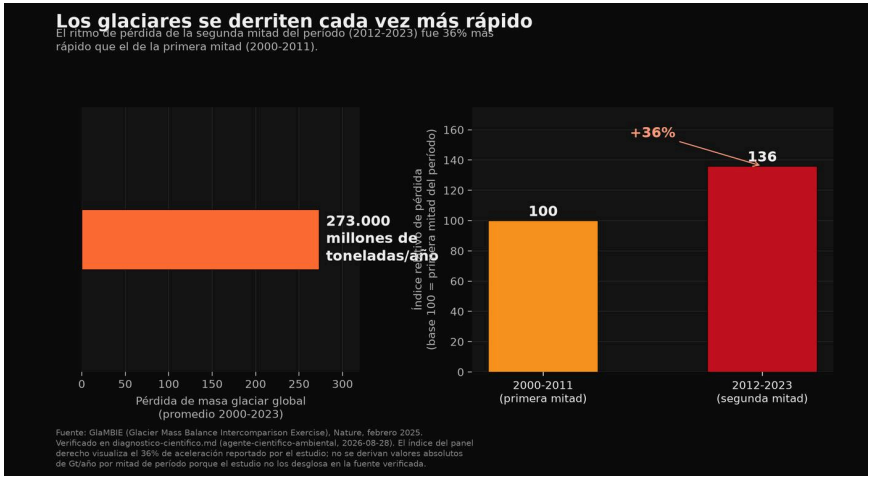
Y mientras todo esto pasaba, la humanidad solo quería más: Más producción. Más velocidad. Más entretenimiento. Más confort. Y menos conexión con lo que sostiene la vida: la tierra, el agua, el aire, la biodiversidad.

Por eso te lo digo con claridad: El planeta ya se rompió. No en el futuro. No mañana. Ya. La Tierra está en crisis. Y nosotros seguimos actuando como si fuera opcional. Como si la catástrofe no estuviera ya en curso. Como si el problema fuera del futuro, cuando el futuro es solo el eco de lo que decidimos hoy.

Lo que describí en la introducción no es una visión artística. Es una consecuencia lógica. Y si sigues leyendo, vas a ver cómo cada capítulo te va conectando, paso a paso, con ese futuro que elegimos… por omisión.

Fuentes de este capítulo:

- NSIDC (National Snow and Ice Data Center) y Copernicus Climate Change Service — extensión mínima de hielo marino ártico, febrero de 2025.
- NOAA, *Arctic Report Card 2025* — anomalía de temperatura en el Ártico.
- Diebold, F. X. & Rudebusch, G. D., *"Probability Assessments of an Ice-Free Arctic"*, Journal of Econometrics, 2021.
- *Nature Communications*, diciembre de 2024 — proyección del primer día ártico sin hielo (2027-2030).
- Estudio NASA/JPL, *Geophysical Research Letters*, 2024 — desplazamiento del eje terrestre.
- GlaMBIE (Glacier Mass Balance Intercomparison Exercise), *Nature*, febrero de 2025 — pérdida de masa glaciar global.
- Loss, S. R., Will, T. & Marra, P. P., *"The impact of free-ranging domestic cats on wildlife of the United States"*, Nature Communications, 2013.



Pérdida de masa glaciar global, 2000-2023. Fuente: GlaMBIE, Nature, 2025.



Glaciar en Groenlandia sufriendo 'undercutting' por agua de deshielo. Fuente: NASA/JPL, misión Oceans Melting Greenland, imagen PIA24162, dominio público.

CAPÍTULO 2 — UN GRADO MÁS: EL ERROR QUE MULTIPLICÓ EL CAOS

Uno pensaría que un grado no es gran cosa. Un grado más en la fiebre de un niño. Un grado más en la temperatura de un cuarto. ¿Quién lo notaría? Pero en el cuerpo del planeta… un grado lo cambia todo.

Ese pequeño aumento en la temperatura global —del que todos hablaron como si fuera una molestia menor— fue el desencadenante de un efecto dominó que todavía no sabemos cómo detener.

Desde el año 1880 hasta la década 2011-2020, el planeta se había calentado en promedio 1,2 °C, según los registros de la NASA (GISTEMP) y el Sexto Informe de Evaluación del IPCC. Pero en 2024 cruzamos una línea que llevábamos décadas evitando: la Organización Meteorológica Mundial (OMM) confirmó que fue el año más cálido jamás registrado, con una temperatura media global de aproximadamente 1,55 °C por encima de la era preindustrial — el primer año calendario que superó el umbral de 1,5 °C que la propia comunidad científica había marcado como límite de seguridad. Puede sonar poco. Pero en términos geofísicos, es como mover una pieza milimétrica en una represa: tarde o temprano, todo colapsa.

Ese grado extra significó:

- Sequías prolongadas donde antes llovía.
- Huracanes más violentos y frecuentes.
- Olas de calor que matan personas, cultivos y animales.
- Incendios forestales imposibles de controlar.
- Deshielos acelerados y aumento del nivel del mar.

Y todo esto ya está ocurriendo. Un solo grado fue suficiente para multiplicar los eventos climáticos extremos. Para transformar el clima en caos. Para convertir lo que antes era "una anomalía" en una constante.

En el futuro que describí, donde el aire arde y el sol ya no calienta, sino que castiga… ese futuro no empezó con 50 °C. Empezó con uno. Uno solo. Y no lo detuvimos.

¿Sabes qué significa un grado más para el planeta?

- Que los polos pierden hielo más rápido.
- Que el mar se expande.
- Que el vapor de agua en la atmósfera —un potente gas de efecto invernadero— se incrementa.
- Que todo el sistema climático se desbalancea.
- Y lo peor: que el siguiente grado llegará más rápido que el anterior.

Es un ciclo. Uno que ya entró en aceleración.

Ese grado trajo calor, pero también hambre. Porque los suelos se secan. Porque las cosechas fallan. Porque la fotosíntesis se ve afectada. Y porque las plagas que antes morían por frío, ahora sobreviven todo el año. Menos comida. Más enfermedad. Más caos.

Ese grado afectó el mar. La vida marina. La pesca. Los arrecifes. La temperatura del océano alteró los patrones migratorios, los ciclos de reproducción, la química del agua. Y eso, en cadena, afecta a millones que dependen de los océanos para vivir.

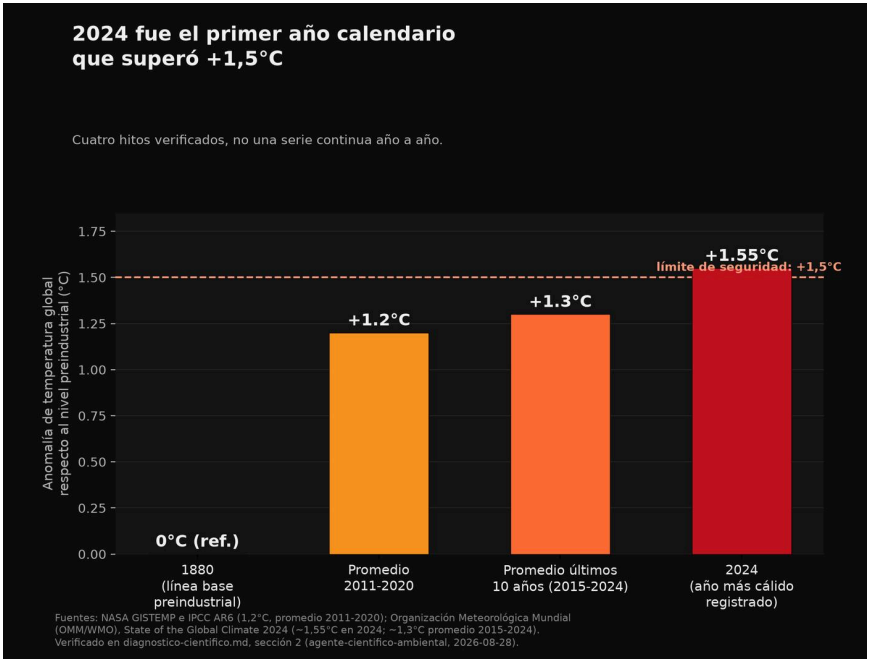
Ese grado afectó la salud humana. Más enfermedades respiratorias. Más golpes de calor. Más personas vulnerables expuestas a ambientes extremos. Y en el futuro que imaginas —con cápsulas de oxígeno y ciudades bajo domos— todo eso empieza aquí. Con este grado.

Lo sabíamos. Lo vimos. Lo ignoramos. Nos dijeron que 1,5 °C era el límite. Y en 2024 ya lo cruzamos, al menos por un año. Las decisiones políticas, económicas y sociales hicieron que ya estemos en camino hacia los 2 °C o más. Y lo peor no es el número. Es que cada décima adicional multiplica el impacto. No es lineal. Es exponencial.

Por eso, cuando el futuro te parezca exagerado, recuerda esto: Solo hizo falta un grado más… para que todo comenzara a derrumbarse.

Fuentes de este capítulo:

- NASA GISTEMP — registro histórico de temperatura global desde 1880.
- IPCC, Sexto Informe de Evaluación (AR6) — promedio de calentamiento 2011-2020.
- Organización Meteorológica Mundial (OMM/WMO), *State of the Global Climate 2024* — año más cálido registrado, ~1,55 °C sobre nivel preindustrial.



2024 fue el primer año calendario que superó +1,5°C. Fuentes: NASA GISTEMP, IPCC AR6, OMM.

CAPÍTULO 3 — DEFORESTACIÓN: CUANDO CORTAMOS EL PULMÓN DEL PLANETA

Al planeta no le faltó oxígeno. Le faltó árboles. Porque cada vez que talamos un bosque para sembrar más monocultivo, para construir otra carretera, otro centro comercial, otra mina, le arrancamos un pulmón a la Tierra.

Y el problema no fue solo la tala. Fue la indiferencia. La costumbre. El silencio con el que aceptamos que la selva desaparezca a cambio de "progreso".

Hoy, si sobrevuelas la Amazonía, ya no verás un mar verde ininterrumpido. Verás parches. Cicatrices. Zonas devastadas por incendios intencionales. Zonas sustituidas por pasto para ganado, por cultivos transgénicos, por veneno que mata todo lo que no es negocio. La Amazonía ya no respira igual. Y cuando un bosque deja de respirar… tú también.

Los árboles no eran decoración. Eran filtros. Eran esponjas de carbono. Eran hogar. Eran barrera contra el calor, contra el viento, contra el colapso. Pero los fuimos eliminando como si fueran maleza. Y con cada árbol que caía, se iba un pedazo de futuro.

Dato: Entre 1990 y 2020 el mundo perdió más de 420 millones de hectáreas de bosque, según la Evaluación de los Recursos Forestales Mundiales de la FAO (2020) — más de 10 veces el tamaño de Ecuador. Es la cifra de deforestación bruta: hubo algo de reforestación y expansión natural en otras zonas, así que la pérdida neta de bosque en el mismo período fue de 178 millones de hectáreas —equivalente, aun así, a un territorio más grande que Perú—. No hablamos de árboles aislados, sino de ecosistemas enteros, de comunidades vivas, de climas locales que se regulaban por la vegetación.

Hay algo que esas cifras de superficie perdida no capturan del todo: un umbral. Los científicos lo llaman el **punto de no retorno** de la Amazonía, y no es una metáfora poética. Es un concepto medible. La selva no solo recibe lluvia: buena parte de esa lluvia la produce ella misma. A través de la evapotranspiración de millones de árboles, el

bosque recicla su propia humedad y la empuja tierra adentro, alimentando la lluvia de la que depende. Si se pierde suficiente bosque, ese reciclaje se rompe: menos árboles significa menos lluvia reciclada, lo que significa más sequía, lo que significa más incendios, lo que significa menos árboles. Un ciclo que se alimenta a sí mismo hasta que la selva deja de ser selva y se convierte en sabana. De forma irreversible.

¿Dónde está ese umbral? El estudio que originó la hipótesis, liderado por los científicos Carlos Nobre y Thomas Lovejoy y publicado en la revista *PNAS* en 2016, lo situó entre 20% y 25% de deforestación acumulada, combinada con un fuerte calentamiento global. Investigaciones más recientes —entre ellas una síntesis publicada en *Nature* en 2024— ajustaron ese cálculo a un escenario más realista: entre 22% y 28% de deforestación acumulada junto con apenas 1,5 a 1,9 °C de calentamiento global. Es decir, un escenario mucho más cercano a la trayectoria que ya llevamos —lo que hace la advertencia más urgente, no menos.

¿Y qué tan cerca estamos? Depende de cómo se mida. El Proyecto de Monitoreo de la Amazonía Andina (MAAP) calculó en 2024 que el bioma completo ha perdido, de forma acumulada, un 13,2% de su cobertura original —pero esa cifra esconde una enorme diferencia regional: el tercio este de la Amazonía ya perdió 30,8% de su bosque, muy por encima del umbral más bajo que plantean los científicos, mientras el tercio oeste apenas ha perdido 6,3%. Otras estimaciones centradas solo en la Amazonía brasileña sitúan la pérdida acumulada entre 17% y 21% —ya dentro, o muy cerca, del rango bajo del umbral. Nadie puede decir con exactitud si ya lo cruzamos. Lo que sí se puede decir es que una parte de la Amazonía ya vive del otro lado de esa línea.

Sin árboles:

- Aumenta la temperatura.
- Se pierde la humedad.
- El agua deja de infiltrar el suelo.
- La lluvia disminuye o se vuelve destructiva.

- Y el ciclo de vida se rompe.

Eso que en la introducción describí como ciudades áridas, desérticas, sin sombra, eso no llegó de la nada. Eso llegó porque cortamos hasta que no quedó nada.

Y cuando alguien quiso defender un bosque… lo mataron.

Dato: En América Latina, solo en 2023, 166 defensores ambientales fueron asesinados por denunciar la destrucción de su territorio, según *Standing Firm*, el informe anual de Global Witness (2024) —de un total de 196 asesinatos de defensores ambientales registrados en todo el mundo ese año. Eso también es parte del problema. La deforestación no solo afecta la ecología. Afecta la justicia, la democracia, la dignidad.

La religión no protestó. Los gobiernos lo ignoraron. Y la gente siguió comprando lo más barato sin preguntarse qué se sacrificó para tenerlo en la mesa.

En ese futuro donde la comida es sintética, donde los techos son verdes solo de pintura, el origen está aquí: En cada árbol que cayó sin ser reemplazado. En cada bosque que dejamos arder mientras subíamos una foto.

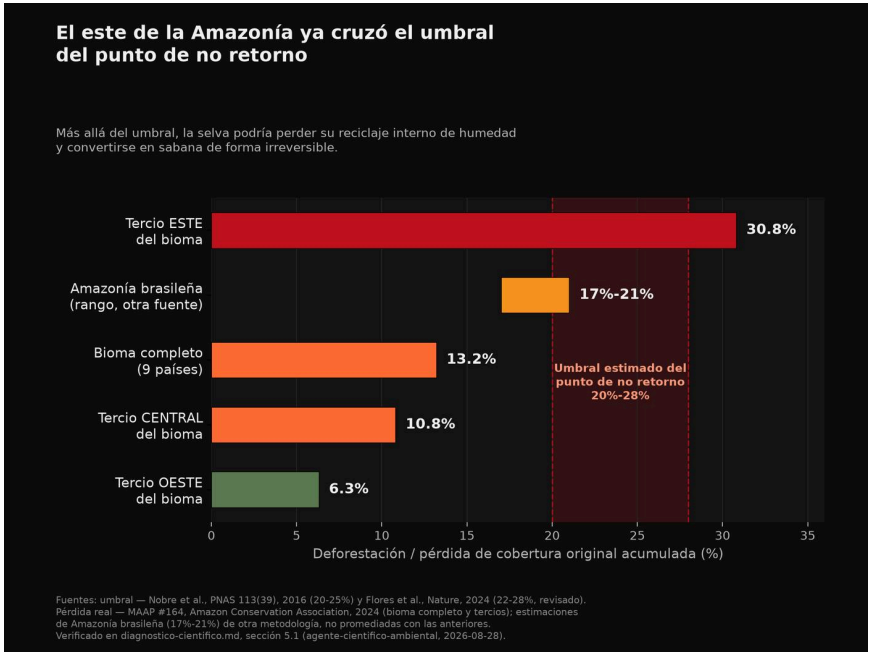
Y no, no se reforesta igual. Un bosque no es un cultivo de palmas. No es una hilera de eucaliptos. Un bosque es una red de vida, miles de especies, ciclos que tardaron siglos en construirse. Y los destruimos en una década.

Por eso, en el futuro que describí, ya no hay sombra natural. Ya no hay bosques. Ya no hay lluvia que limpia ni brisa que calma. Solo calor. Solo ruinas. Solo la memoria de lo que fue verde y respiraba.

Fuentes de este capítulo:

- FAO, *Global Forest Resources Assessment 2020* — deforestación bruta y neta 1990-2020.

- Global Witness, *Standing Firm* (datos de 2023, publicado 2024) — asesinatos de defensores ambientales.
- Nobre, C. A. et al., *"Land-use and climate change risks in the Amazon..."*, PNAS 113(39), 2016 — hipótesis del punto de no retorno amazónico.
- Flores, B. M. et al., *"Critical transitions in the Amazon forest system"*, Nature, 2024 — umbral actualizado.
- MAAP (Monitoring of the Andean Amazon Project), *MAAP #164: Amazon Tipping Point — Where Are We?*, 2024 — pérdida de cobertura acumulada por regiones del bioma.



El este de la Amazonía ya cruzó el umbral estimado del punto de no retorno. Fuentes: Nobre et al. 2016, Flores et al. 2024, MAAP.



Patrón de deforestación en Rondônia, Brasil, visto desde órbita. Fuente: NASA, imagen sts046-103-053, dominio público.

CAPÍTULO 4 — EL AIRE QUE YA NO RESPIRAS

El aire siempre fue invisible. Intocable. Lo dimos por sentado. Pero el aire, ese que llena tus pulmones sin que pienses en él, también puede morir. No muere como los ríos ni como los árboles. Muere en silencio. Se llena de partículas que no ves, pero que sientes. En tu garganta. En tus pulmones. En tu sangre. Y cuando el daño ya está hecho, es demasiado tarde.

Dato: La contaminación del aire mata a más de 7 millones de personas cada año, según estimaciones de la Organización Mundial de la Salud (con datos de 2019, publicadas en 2022). Y esa cifra podría ser todavía más alta: el informe independiente *State of Global Air 2024* la sitúa en 8,1 millones de muertes prematuras al año. Pero eso no lo ves en las noticias. Porque no suena tan dramático como un terremoto. Porque no hay sangre. Solo humo. Solo asfixia.

En las grandes ciudades, el cielo ya no es azul. Es una mezcla espesa de gris y marrón. Y ese futuro que te describí en la introducción —donde la gente usa filtros para poder caminar por la calle, donde el oxígeno es un lujo— ese futuro ya empezó en muchos países. No en 2050. Ahora.

Las causas no son un misterio:

- La quema de combustibles fósiles.
- Las emisiones industriales.
- El transporte masivo sin regulación.
- La agricultura intensiva.
- La destrucción de los bosques.
- La quema de basura.
- Los incendios forestales que antes eran excepcionales… y hoy son la regla.

El CO■ no solo calienta el planeta. También nos envenena. Se mete en tu casa, en tus pulmones, en el cuerpo de los niños que aún no aprenden a caminar. Y no solo es CO■. Es dióxido de nitrógeno, monóxido de carbono, ozono troposférico, metales pesados, partículas PM2.5 que viajan directo al torrente sanguíneo.

En las zonas rurales, la situación no mejora. La quema de residuos, el uso de pesticidas, los sistemas de riego mal diseñados… el aire está contaminado también allá, solo que sin sensores para medirlo.

Y mientras tanto, construimos ciudades que respiran peor cada año. Más autos, menos árboles. Más concreto, menos vida. Más velocidad, menos conciencia. Diseñamos espacios que enferman. Y lo aceptamos.

Ahora entiendes por qué en el futuro el aire no es gratuito. ¿Por qué la gente vive en cápsulas presurizadas? ¿Por qué respirar sin pagar es un privilegio? Porque lo destruimos sin darnos cuenta. O peor: dándonos cuenta, pero sin querer hacer nada al respecto.

Los gobiernos prometieron reducir emisiones. Las empresas firmaron pactos climáticos. Los discursos hablaron de carbono neutro. Pero los tubos de escape no se detuvieron. Las chimeneas no se apagaron. Las soluciones llegaron tarde… o nunca.

El aire fue un testigo silencioso. De todos nuestros excesos. De todos nuestros descuidos. Y cuando quiso gritar, lo llenamos de humo. Por eso, en ese mundo futuro donde el oxígeno se mide y se vende, no preguntes cómo llegamos ahí. Pregunta por qué lo permitimos.

Fuentes de este capítulo:

- Organización Mundial de la Salud (OMS) — estimación de muertes prematuras por contaminación del aire, datos de 2019, publicada en 2022.
- Health Effects Institute, *State of Global Air 2024* (datos GBD 2021) — estimación independiente de 8,1 millones de muertes anuales.



Contaminación del aire (smog) sobre São Paulo, Brasil. Fuente: Wikimedia Commons, Wilfredor, CC0.

CAPÍTULO 5 — AGUA: EL NUEVO ORO AZUL

Cuando el mundo se quede sin agua dulce, no será una sorpresa. Será la consecuencia más predecible de toda nuestra historia. Nos advirtieron. Nos mostraron cifras. Nos dijeron que los glaciares eran los bancos del futuro. Que los acuíferos se estaban vaciando. Que el ciclo del agua se estaba rompiendo. Y nosotros, ¿qué hicimos? Abrimos el grifo.

Durante décadas tratamos al agua como si fuera infinita. Regamos asfalto. Llenamos piscinas en zonas desérticas. Contaminamos ríos con químicos. Deforestamos cuencas. Secamos lagos enteros para sembrar soya, para lavar oro, para extraer litio. Mientras más poblaciones entraban en crisis hídrica, más proyectos extractivos se autorizaban. Y cuando llegaron las advertencias serias —cuando los glaciares empezaron a desaparecer— seguimos actuando como si fuera una mala temporada. Pero no era un mal año. Era el comienzo del colapso.

Dato: Desde el año 2000, el planeta pierde en promedio más de 273.000 millones de toneladas de hielo glaciar por año —la misma cifra que documentamos en el capítulo 1, según el estudio GlaMBIE publicado en *Nature* en 2025. Es el agua que alimenta los ríos, la humedad que regula los suelos, el equilibrio que sostiene la vida. Cuando eso desaparece, el agua que consumimos comienza a acabarse.

En muchas regiones del mundo, el agua ya se raciona. Solo hay ciertas horas para llenar una olla o lavarse. Hay niños que ya crecieron sin saber qué es ducharse todos los días. Y esa imagen del futuro que viste —donde el agua se vende en cápsulas, donde cada gota tiene precio, donde se trafica como si fuera oro— no es ficción. Es el presente de muchos, y el destino de todos.

Pero no es solo escasez. También es contaminación. Contaminamos fuentes enteras con petróleo, con minería ilegal, con desechos industriales. Ríos enteros fueron convertidos en cloacas químicas. Y el agua no se purifica con discursos. Se purifica con respeto. Con gestión. Con límites. Cosa que nunca aplicamos.

Las guerras por agua ya comenzaron. No con tanques, pero sí con monopolios. Empresas que privatizan el acceso. Comunidades que protestan y son reprimidas. Pueblos enteros desplazados porque su pozo fue contaminado o desviado. Y mientras el agua se acaba, seguimos llenando el mercado de botellas plásticas. Seguimos exportando frutas que consumen miles de litros de agua para crecer. Seguimos vendiendo lo poco que queda.

Estamos bebiéndonos el futuro. Literalmente.

Los océanos también sufren. Se calientan. Se acidifican. Las corrientes cambian. Los arrecifes mueren. Y con ellos, millones de especies marinas. Y millones de empleos.

Por eso, cuando el agua en el futuro sea vendida con código QR, cuando haya guardias en los pozos, cuando la lluvia sea un recuerdo… no digas que nadie lo vio venir. Lo vimos. Lo ignoramos. Y ahora… lo pagamos. Con sed.

Fuentes de este capítulo:

- GlaMBIE (Glacier Mass Balance Intercomparison Exercise), *Nature*, febrero de 2025 — pérdida de masa glaciar global desde el año 2000 (misma fuente citada en el capítulo 1).

CAPÍTULO 6 — RESIDUOS: VIVIR ENTRE NUESTRA PROPIA BASURA

El futuro está cubierto de basura. No porque venga del espacio. Sino porque la dejamos crecer a nuestros pies mientras mirábamos hacia arriba. No fueron los años… fueron las toneladas. Miles de millones de toneladas de plástico, metal, ropa, comida podrida, dispositivos obsoletos, baterías rotas, muebles rotos, promesas rotas. El planeta no colapsó por exceso de humanos. Colapsó por el exceso de cosas.

Dato: Cada día producimos más de 5,7 millones de toneladas de residuos sólidos urbanos —2.100 millones de toneladas al año—, según el *Global Waste Management Outlook 2024* del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y la Asociación Internacional de Residuos Sólidos (ISWA). Y no hay sistema que soporte eso. No hay vertedero suficiente. No hay reciclaje que lo detenga. Todo se acumula. Todo se queda. Todo regresa.

En las ciudades del futuro que describí al inicio, el problema no era solo la falta de árboles o agua. Era la presencia masiva de nuestros propios desechos. Calles cubiertas de bolsas sin recoger. Barrios donde los techos se improvisan con basura. Insectos y enfermedades brotando desde montañas de desechos. Niños jugando entre ruinas de lo que alguna vez fue consumo.

¿Y cómo llegamos ahí? Creímos que tirar era resolver. Que cambiar el celular cada año no tenía costo. Que "basura" era algo que se lleva un camión y desaparece. Pero no desaparece. Solo se mueve. Y se acumula.

Los plásticos, por ejemplo, tardan cientos de años en degradarse. Y mientras tanto, se fragmentan en microplásticos que ya están en la sangre humana, en la placenta, en el aire que respiramos y el agua que bebemos. Literalmente, estamos hechos con residuos.

Los océanos, que deberían ser vida, están llenos de islas flotantes de basura. La más grande, en el Pacífico, tiene casi tres veces el tamaño de Francia —1,6 millones de km², según la organización The Ocean Cleanup y un estudio publicado en *Scientific Reports* en 2018. Y sigue

creciendo.

Los vertederos están saturados. Los países ricos exportan su basura a los pobres. Las zonas marginales se convierten en basureros industriales. Y los recicladores informales, que deberían ser héroes, mueren jóvenes respirando veneno.

Pero no solo es basura física. Es basura emocional. Basura cultural. Basura tecnológica. Desechamos información. Personas. Ideas. Vivimos en modo "usar y tirar". Y cuando el planeta adoptó ese mismo modelo con nosotros… nos sorprendimos.

En el futuro, no quedarán paisajes limpios. Todo tendrá una capa de descomposición. Las ciudades serán cárceles de concreto mezcladas con plástico endurecido por el sol. La basura será parte del paisaje. Parte de la identidad.

Por eso, cuando camines por las ruinas del mañana, recuerda esto: No fue una catástrofe. Fue una acumulación. Y fuimos nosotros quienes la apilamos, día tras día, bolsa tras bolsa, sin querer mirar atrás.

Fuentes de este capítulo:

- PNUMA/ISWA, *Global Waste Management Outlook 2024* — producción diaria y anual de residuos sólidos urbanos.
- The Ocean Cleanup Foundation / *Scientific Reports*, 2018 — extensión de la Gran Mancha de Basura del Pacífico (1,6 millones de km²).

CAPÍTULO 7 — LA TIERRA YA NO DA FRUTOS

En el futuro que describí al inicio, la comida ya no crece. Se fabrica. Se imprime. Se formula en laboratorios. No por innovación. Por necesidad. Porque la tierra, literalmente, dejó de producir vida.

El suelo fértil, ese que alimentó civilizaciones enteras durante milenios, hoy se erosiona, se contamina o se vuelve improductivo. Y no fue casualidad. Fue abuso. Fue modelo económico. Fue ignorancia disfrazada de eficiencia.

Dato: Casi un tercio de los suelos del mundo están degradados, según el informe *Estado de los Recursos de Suelo en el Mundo* de la FAO (2015), cifra reafirmada por la Plataforma Intergubernamental de Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos (IPBES) en 2018 —que además proyecta que podría llegar al 90% para 2050 si no cambia la forma en que gestionamos la tierra. Eso significa que ya no retienen agua, que pierden nutrientes, que se vuelven polvo cuando el viento sopla. El mismo suelo que tardó siglos en formarse… lo agotamos en décadas.

La agricultura industrial no cultivó alimentos. Cultivó dependencia. Pesticidas. Fertilizantes. Transgénicos. Químicos. Todo para producir más, más rápido… sin importar el costo. Y el costo fue brutal:

- Millones de hectáreas convertidas en desiertos.
- Aguas subterráneas contaminadas por agroquímicos.
- Polinizadores exterminados.
- Biodiversidad agrícola reducida a cinco o seis especies dominantes.

En ese futuro donde la comida se vende en cápsulas y sabe igual en todos lados, el origen está aquí: En los monocultivos. En el uso intensivo de químicos. En la pérdida del conocimiento ancestral sobre la tierra.

A eso se suma el cambio climático. Sequías. Inundaciones. Temporadas impredecibles. Frutas que ya no crecen donde crecían. Pestes que avanzan más rápido que las soluciones. El agricultor perdió el control. Y el hambre ganó terreno.

Hoy ya hay países que dependen casi por completo de las importaciones para alimentar a su población. Y si el sistema global falla —como ya ha fallado más de una vez— la crisis alimentaria no será cuestión de pobreza. Será global.

Y entonces, claro… aparecen las alternativas. Agricultura vertical. Alimentos sintéticos. Proteína de insectos. Pero eso no es evolución. Es emergencia. No es sofisticación. Es supervivencia.

Cuando la tierra ya no puede sostenernos, no es ella la que fracasó. Somos nosotros. Por eso, en el futuro donde la comida ya no tiene sabor, ni historia, ni raíces, no digas que fue por falta de tecnología. Fue por falta de respeto. Por olvidar que el suelo no es una fábrica. Es un ser vivo. Y lo matamos.

Fuentes de este capítulo:

- FAO/ITPS, *Status of the World's Soil Resources*, 2015 — un tercio de los suelos mundiales degradados.
- IPBES, informe de evaluación 2018 — proyección de degradación de suelos a 2050.



Lecho de un embalse seco durante la sequía de California, 2009. Fuente: Wikimedia Commons, NOAA, dominio público.

CAPÍTULO 8 — LOS QUE SE FUERON: LA EXTINCIÓN INVISIBLE

En el mundo del futuro no hay cantos de aves. No hay insectos que zumben. No hay huellas sobre la tierra húmeda. Solo vacío. Y lo más terrible es que la mayoría ni siquiera notará que faltan.

La extinción no llegó de golpe. No fue un meteorito, como en tiempos de los dinosaurios. Esta vez fue lenta. Sistemática. Y provocada por nosotros. Fuimos borrando vida sin darnos cuenta. O peor: dándonos cuenta… y sin importar.

Dato: Desde 1970, las poblaciones de fauna vertebrada silvestre del planeta han caído en promedio un 73%, según el *Informe Planeta Vivo 2024* del WWF, que analizó 35.000 poblaciones de 5.495 especies. La caída no es pareja: las poblaciones de agua dulce se desplomaron un 85%, las terrestres un 69%, las marinas un 56% —y en América Latina y el Caribe, la región más golpeada, la caída llega al 95%. No hablamos de especies extinguidas una por una: hablamos de poblaciones enteras vaciándose por dentro. Muchas especies nunca llegaron a ser nombradas. Se extinguieron antes de ser descubiertas.

La causa no es una. Son muchas:

- La destrucción de hábitats por agricultura, urbanismo y minería.
- El uso masivo de pesticidas y venenos.
- La caza furtiva y el tráfico de especies.
- La contaminación del agua, del suelo, del aire.
- El cambio climático que alteró los ciclos naturales de reproducción y migración.
- Las especies invasoras introducidas por el ser humano.

Cada animal que desaparece no es solo un cuerpo menos en la Tierra. Es una función ecológica perdida. Es una cadena rota. Sin abejas no hay polinización. Sin polinización no hay frutos. Sin frutos no hay comida. Sin comida… no hay civilización.

En el futuro que viste al comienzo de este libro, los museos tienen vitrinas vacías. Los documentales son sobre animales que ya no existen. Y los niños conocen al tigre, al delfín o al colibrí solo por

imágenes antiguas. Eso no es ciencia ficción. Es la ruta que ya empezamos.

Algunos ejemplos ya son historia. El rinoceronte blanco del norte: solo quedan dos hembras vivas, sin un solo macho —funcionalmente extinto. El delfín del Yangtsé, o baiji: nadie lo ha vuelto a ver confirmado desde 2002, y una expedición exhaustiva en 2006 no encontró ninguno —probablemente extinto. El sapo dorado de Costa Rica, a diferencia de los dos anteriores, no se quedó en ese limbo: la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) lo declaró oficialmente **extinto**; su último avistamiento confirmado fue en 1989. Y muchas más especies están en la lista de espera.

¿Qué significa exactamente "funcionalmente extinta"? No es lo mismo que extinta del todo. Una especie está funcionalmente extinta cuando su población cae tan bajo que, aunque sigan existiendo algunos individuos, ya no cumple el papel que cumplía en su ecosistema: ya no controla presas, ya no dispersa semillas, ya no poliniza, ya no construye hábitat. La especie técnicamente sigue ahí. Pero su ausencia funcional ya provoca los mismos efectos en cascada que si hubiera desaparecido del todo.

El ejemplo que dio origen al concepto ocurrió con la nutria marina. En las Islas Comandante, entre Alaska y Rusia, la caza del siglo XVIII redujo la población de nutrias casi hasta el cero. Sin nutrias, dejó de haber quien controlara a los erizos de mar. Los erizos, libres de su depredador, arrasaron los bosques de kelp —esas praderas submarinas de algas gigantes que sostenían a cientos de especies de peces, aves marinas e invertebrados. Fueron los biólogos James Estes y John Palmisano quienes documentaron el mecanismo completo en un estudio publicado en la revista *Science* en 1974: no hacía falta que la nutria desapareciera del todo. Bastaba con que su población cayera por debajo del umbral que le permitía cumplir su función. Ese es el mecanismo exacto de la extinción funcional.

Pero esta historia tiene algo que pocas historias de este libro tienen: un final que se puede revertir. Cuando se prohibió la caza de nutrias y se protegió legalmente a la especie, sus poblaciones se recuperaron

—y con ellas, documentadamente, también los bosques de kelp. No siempre hay vuelta atrás. Pero a veces, si se actúa a tiempo, sí la hay.

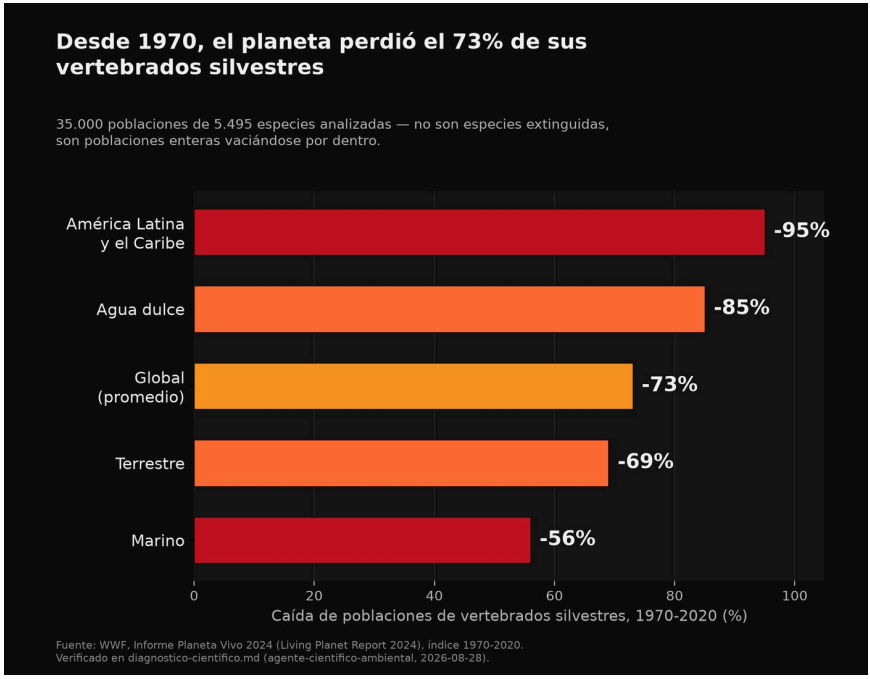
¿Y qué hicimos con las especies que no tuvieron esa suerte? Creamos zoológicos. Hicimos campañas con colores bonitos. Pero nunca detuvimos las causas reales. ¿De qué sirve salvar una especie si destruimos su hábitat? ¿De qué sirve proteger una reserva si el entorno está envenenado? No se puede proteger la vida si no se protege el equilibrio.

La extinción no es solo biológica. Es también espiritual. Cuando desaparece la biodiversidad, también se muere una parte de nosotros. Nuestra conexión con la vida. Nuestra humildad. Nuestra identidad como especie.

Por eso, cuando el mundo esté en silencio y los ecosistemas sean solo un recuerdo, no digas que fue por azar. Fue por costumbre. Por ego. Por pensar que podíamos vivir solos, cuando en realidad éramos una parte más del todo.

Fuentes de este capítulo:

- WWF, *Living Planet Report 2024* — 73% de declive en poblaciones de vertebrados silvestres, 1970-2020.
- UICN (IUCN Red List) — estado de conservación del rinoceronte blanco del norte, el delfín del Yangtsé y el sapo dorado de Costa Rica.
- Estes, J. A. & Palmisano, J. F., *"Sea otters: their role in structuring nearshore communities"*, Science, 1974.
- PNAS 112(3), 2015 — contexto adicional sobre nutrias marinas y bosques de kelp.



Desde 1970, el planeta perdió el 73% de sus poblaciones de vertebrados silvestres. Fuente: WWF, Informe Planeta Vivo 2024.

CAPÍTULO 9 — MIGRACIONES Y CAOS SOCIAL

En el mundo del futuro, las fronteras no existen. O mejor dicho: existen solo para los que huyen. Porque los que escapan del clima, del hambre o de la sed, no cargan pasaporte. Cargan necesidad.

Antes se hablaba de migrantes económicos. Hoy se habla de refugiados climáticos. Son millones. Personas expulsadas por sequías, por incendios, por inundaciones. Comunidades desplazadas porque sus tierras ya no producen. Porque sus casas se inundaron. Porque el calor lo volvió todo invivible.

Dato: Según un modelo del Institute for Economics and Peace (IEP), publicado en su informe *Ecological Threat Register* (2020), hasta 1.200 millones de personas podrían verse desplazadas antes de 2050 por amenazas ecológicas combinadas —no solo el clima: también el estrés hídrico, la inseguridad alimentaria y el crecimiento poblacional en zonas ya vulnerables. Es una proyección de modelo, no una cifra oficial de Naciones Unidas, y algunos demógrafos la han cuestionado por combinar factores de forma no lineal. Aun así, incluso el extremo más conservador de esos modelos habla de cientos de millones de personas —más de una octava parte de la humanidad, en el peor de los casos. Buscando dónde sobrevivir.

Y mientras algunos huyen… otros se encierran. Cierran sus países. Cierran sus ciudades. Cierran sus corazones. El futuro no solo está lleno de desastres naturales. Está lleno de muros, discriminación y violencia social. Porque cuando el recurso escasea, nace el conflicto.

- El agua ya no se comparte.
- La comida ya no se dona.
- El trabajo se vuelve guerra.
- El miedo gobierna.

El colapso ambiental no solo destruye árboles o glaciares. Destruye sociedades. Y con ello se cae la fachada de civilización. No somos más humanos en el futuro. Somos más agresivos. Más cerrados. Más individualistas.

La equidad desaparece porque los recursos ya no alcanzan. La igualdad se convierte en un concepto romántico. Y la empatía se extingue junto a las demás especies.

La civilización que tanto alabamos —con sus universidades, sus avances tecnológicos, sus discursos de paz— no desaparece por una bomba… desaparece por la desesperación.

Y no es ficción. Hoy ya pasa:

- Barcos llenos de migrantes rechazados.
- Campos de refugiados en condiciones inhumanas.
- Muertes en desiertos y océanos.
- Niños sin patria.
- Vidas sin documentos.

Y eso, con solo 1 grado de aumento. Imagina con 2. Con 3. Con ciudades enteras bajo el agua. Con zonas inhabitables. Con el sur global colapsando mientras el norte se atrinchera.

El futuro no será justo. Será selectivo. Será cruel. A menos que algo cambie radicalmente. Porque si seguimos así, seremos más salvajes que civilizados. Con más tecnología que nunca… y con menos humanidad que nunca.

Por eso, cuando te preguntes cómo llegamos a un mundo dividido, frío y hostil, recuerda esto: no fue la falta de recursos lo que rompió la sociedad. Fue la falta de conciencia.

Fuentes de este capítulo:

- Institute for Economics and Peace (IEP), *Ecological Threat Register*, 2020 — proyección de desplazamiento por amenazas ecológicas hacia 2050.

CAPÍTULO 10 — EL ESPEJISMO DEL PROGRESO

En el futuro que describí, la tecnología está en todas partes: Drones que vigilan cultivos muertos. Inteligencias artificiales que analizan climas que ya no se pueden controlar. Cápsulas de oxígeno que monitorean signos vitales… en un planeta que dejó de ser vital.

La humanidad llegó al pico de su evolución técnica. Justo cuando empezó a desmoronarse como especie.

Tuvimos:

- Ciudades inteligentes.
- Trenes hiperveloces.
- Computadoras cuánticas.
- Medicina genética.
- Robots sociales.
- Viajes espaciales.

Pero se nos olvidó lo esencial: Cuidar la tierra donde estaban paradas esas máquinas. Cuidar el cuerpo que usaba esos dispositivos. Cuidar el aire que permitía vivir.

El progreso se volvió un espejo falso. Una pantalla brillante que nos distraía mientras todo colapsaba detrás. Avanzamos tanto… que nos desconectamos de todo. No fuimos civilización. Fuimos software. Códigos que se repiten. Sistemas que se optimizan. Mientras los valores, la empatía y la conciencia se apagaban poco a poco.

En el futuro, los hospitales son cápsulas. Los alimentos son impresos. Los niños son educados por asistentes virtuales. Las emociones son traducidas por algoritmos. Y aunque todo parece más eficiente… ya no parece humano.

¿Cómo llegamos ahí? Porque creímos que tener más tecnología era tener más evolución. Y no entendimos que evolucionar no es solo avanzar. Es equilibrar. Tuvimos la capacidad de crear vida en laboratorio, pero no supimos preservar la vida que teníamos en la tierra, en el mar, en los bosques.

Nos obsesionamos con el futuro digital, mientras ignorábamos el presente biológico. Y cuando quisimos volver a lo natural… ya no quedaba casi nada.

El progreso no es malo. Lo malo fue haberlo convertido en excusa para no cambiar. "Ya lo solucionaremos con ciencia." "Seguro la tecnología lo arreglará." "Pronto inventarán algo." Y eso nos adormeció.

Mientras tanto, se privatizó el agua. Se vendió el aire. Se patentaron las semillas. Y el acceso a la vida se volvió una suscripción mensual.

Y hay un espejismo dentro del espejismo: la "transición verde". Autos eléctricos, baterías, paneles solares —se los vendieron como la salida limpia. Pero el modelo extractivo no desapareció. Solo cambió lo que extrae.

Debajo del Salar de Atacama, en el corazón del llamado Triángulo del Litio (Chile, Argentina y Bolivia), se bombea agua salobre desde acuíferos milenarios para evaporarla en enormes piscinas y así extraer el litio que alimenta las baterías del mundo. Según estudios recientes de huella hídrica, producir una sola tonelada de litio en el Salar de Atacama puede consumir cientos de miles —incluso más de un millón— de litros de agua. Un estudio publicado en la revista *Political Geography* en 2021 documentó cómo esa extracción agrava el estrés hídrico de las comunidades indígenas atacameñas, cuya subsistencia depende de los mismos humedales y acuíferos que alimentan las piscinas de evaporación de litio. Los niveles freáticos de la cuenca han caído más de 25 centímetros desde 2005 en algunos puntos, según reportó la organización Mongabay en 2024 —superando umbrales legales y secando ecosistemas de los que esas comunidades dependen desde hace generaciones.

Y luego está el cobalto. La República Democrática del Congo produce cerca del 70% del cobalto mundial, un mineral esencial para casi todas las baterías de litio del planeta. Entre el 10% y el 20% de esa producción sale de la minería artesanal —no de grandes operaciones industriales, sino de pozos cavados a mano, de hasta diez metros de

profundidad, por mineros que trabajan jornadas de hasta doce horas sin ningún equipo de protección, por uno o dos dólares al día. Amnistía Internacional documentó estas condiciones —incluido el trabajo infantil— con testimonios directos de decenas de mineros en una investigación de campo publicada en enero de 2016, que además rastreó la cadena de suministro hasta marcas de electrónica que no verificaban el origen de su cobalto. Casi una década después, investigaciones periodísticas confirman que esas condiciones persisten.

No lo cuento para decir que las energías renovables sean el problema. Lo cuento porque el mismo modelo que arrasó bosques por petróleo y carbón está arrasando salares y comunidades por litio y cobalto. Cambiamos la mina, no la lógica. Y si no cambiamos la lógica, no hay transición que nos salve —solo una forma más "limpia" de repetir el mismo error.

En ese mundo del futuro, las ciudades son cápsulas limpias rodeadas de ruinas. Tecnología adentro. Colapso afuera. ¿Y la humanidad? Apenas sobreviviendo. Más conectada que nunca… pero más sola que nunca.

Por eso, cuando veas una pantalla brillante, pregúntate qué apagó detrás de ella. Y si aún crees que estamos progresando, mírate bien por dentro. Porque si el alma se queda atrás, la evolución es solo maquillaje.

Fuentes de este capítulo:

- Estudio de huella hídrica de la producción de litio grado batería en el Salar de Atacama (2024/2025).
- Jerez, B., Garcés, I. & Torres, R., *"Lithium extractivism and water injustices in the Salar de Atacama, Chile"*, Political Geography 87, 2021.
- Mongabay, *"As lithium mining bleeds Atacama salt flat dry, Indigenous communities hit back"*, diciembre de 2024.

- Amnesty International & Afrewatch, *"This Is What We Die For: Human Rights Abuses in the Democratic Republic of the Congo Power the Global Trade in Cobalt"*, enero de 2016.

CAPÍTULO 11 — LOS OÍDOS SORDOS

El colapso del planeta no fue por falta de advertencias. Fue por falta de escucha.

Durante décadas, científicos de todo el mundo hablaron. Publicaron estudios. Alzaron la voz en cumbres climáticas, universidades, documentales, foros y libros. Nos mostraron curvas, proyecciones, simulaciones.

Y nosotros… seguimos viendo series. Haciendo filas para el nuevo celular. Planeando las próximas vacaciones.

No fue falta de información. Fue saturación de distracción. Cada noticia importante fue reemplazada por una tendencia viral. Cada dato inquietante, por una oferta de temporada. Cada nueva alarma, por un emoji de desinterés.

Sabíamos todo. Pero elegimos no actuar. Porque actuar incomoda. Porque cuestionar duele. Porque cambiar implica renunciar.

Y así nos volvimos expertos en justificar:

- "Es culpa de las empresas."
- "Que lo arreglen los gobiernos."
- "Yo solo soy uno más."

Pero no éramos uno más. Éramos todos. Y cada uno cargaba una parte del peso.

Mientras la Tierra gritaba con incendios, inundaciones y extinciones… nosotros nos tapábamos los oídos con comodidad. No por maldad. Por miedo. Por ego. Por pereza.

La crisis ambiental no nació solo de la industria. Nació de la mente humana desconectada. Educamos para competir, no para cuidar. Producimos para ganar, no para servir. Consumimos para llenar vacíos… que nunca se llenaron.

¿Y la espiritualidad? ¿La sabiduría? ¿El alma? La reemplazamos por coaching motivacional. Por mantras sin acción. Por frases de autoayuda que nunca ayudaron al planeta. Perdimos el sentido de

comunidad. De propósito. De humildad frente a la vida.

Nos creímos dueños del mundo. Y olvidamos que éramos huéspedes.

La tecnología avanzó, sí. Pero la conciencia se estancó. El conocimiento se disparó. Pero la sabiduría se extinguió.

Por eso, en el futuro que describí, donde el aire se compra, el agua se trafica y la vida se mide en tokens… no digas que fue una tragedia. Fue una decisión. Una decisión colectiva, construida por miles de pequeñas negaciones diarias.

El planeta no colapsó por falta de soluciones. Colapsó por falta de conciencia. Y cuando por fin quisimos escuchar… ya no había voz que nos hablara.

EPÍLOGO — Y SI AÚN CREES QUE EXAGERO…

Si después de todo lo que leíste sigues pensando que exagero, que esto no pasará, que el futuro que te mostré es muy oscuro, muy lejano, muy imposible… Te entiendo. También quise negarlo al principio. También quise pensar que alguien lo resolvería, que la Tierra sabría equilibrarse sola, que las cosas no eran tan graves. Pero no fue así.

Nada de lo que leíste aquí es ciencia ficción. Todo está basado en datos. En estudios. En informes ignorados. En consecuencias visibles. Lo único que hice fue juntar las piezas que tú ya conoces… pero que nadie te muestra completas.

No vine a predicar. Ni a salvar. Ni a convencer. Vine a poner un espejo. Y dejar claro que el futuro que imaginamos solo será distinto si elegimos actuar distinto. Pero si seguimos igual… Si seguimos priorizando lo inmediato, lo barato, lo cómodo, lo superficial… entonces este libro no fue una advertencia. Fue una crónica.

Un anticipo de lo que vendrá. Una prueba de que sabíamos todo… y no hicimos nada.

No quiero que tengas miedo. Quiero que tengas claridad. Porque el miedo paraliza. Pero la verdad… despierta.

Y si este libro logró eso en ti —despertar algo— entonces no está todo perdido. Porque el planeta aún late. Aún respira. Aún espera. Pero no esperará para siempre. Y esta vez… no se trata de salvar el mundo. Se trata de no volver a perderlo.

Y si después de leer esto te preguntas qué puedes hacer, por dónde empezar, cómo vivir en equilibrio con el planeta sin dejar de vivir bien… Entonces te invito a leer también mi otro libro: "Economía en Equilibrio Total", una guía práctica y educativa que propone un nuevo modelo de vida, donde la sostenibilidad no es una utopía, sino una decisión diaria.

Porque este libro que acabas de leer es el "por qué". Y aquel… es el "cómo".

— Jorge Velásquez Anturi

Registro Safe Creative N.º 2505201793631 · 20 de mayo de 2025 · Todos los derechos reservados.

Continúa con *Economía en Equilibrio Total* (Libro 1) y *La Hora Cero* (Libro 3).